

## IDENTIDAD INDIVIDUAL Y VÍNCULOS SOCIALES EN EL ANTIGUO RÉGIMEN: ALGUNAS REFLEXIONES<sup>1</sup>

Mónica Bolufer Peruga  
*Universitat de València*

“Esta descendencia me ha dado Dios  
y ésta es la que me conviene y me importa.  
Y ya que he dicho de dónde vengo,  
voy a decir lo que ha permitido Dios que sea”.  
*Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras  
del doctor don Diego de Torres Villarroel (1743)*<sup>2</sup>

Una línea candente del debate historiográfico de nuestros tiempos la constituye, sin lugar a dudas, la reflexión sobre las nociones, históricamente variables, de “sujeto” y la inserción de los individuos en el marco de las relaciones y dependencias sociales durante el tránsito a la modernidad. Varios de los trabajos reunidos en este volumen, al fijar su atención en la sociedad del Antiguo Régimen, inciden en ese debate y vienen a perfilar los caminos por los cuales, a través del Renacimiento, las reformas religiosas y el barroco, se construyeron las identidades personales y el sentido de la individualidad. La discusión entre los historiadores se ha planteado, en primer lugar, a propósito de la pertinencia de la noción de “individualismo” en las sociedades tradicionales y de las complejas formas en que la identidad personal combina la conciencia de la singularidad individual con los rasgos (colectivos) vinculados a las pertenencias sociales. En este sentido, las contribuciones de Colin Davis, James Casey y James Amelang, coincidiendo con algunos de los enfoques hoy vigentes en la historiografía, tienden a suavizar el contraste, habitualmente presentado como abrupto e insalvable, entre las sociedades tradicionales, en las que el individuo aparece disuelto en la densa trama de las relaciones y los vínculos sociales, y aquellas nacidas de las revoluciones liberales, que reconocerían los espacios

<sup>1</sup> Estas reflexiones se han beneficiado de las discusiones habidas en el marco del proyecto de investigación “Cambios culturales y transformaciones en la vida de las mujeres en España (ss. xviii-xx)”, financiado por la CICYT y el Instituto de la Mujer (I+D 2001/0827).

<sup>2</sup> Edición de Russell P. Sebold, Madrid, Taurus, 1985, p. 127.



de libertad y autonomía del sujeto. En segundo lugar, otro tema controvertido lo constituye el papel que las diferencias religiosas han desempeñado en la configuración de conceptos de sujeto. En la actualidad, los historiadores tienden a matizar (sin llegar a impugnarla) la idea de que la cultura protestante y la católica construyeron de forma radicalmente distinta las relaciones entre el sujeto y las instancias externas a él (Dios, la comunidad de fieles, la sociedad en su conjunto), flexibilizando, sobre todo, la extendida noción de que, en última instancia, hubo un único camino, el protestante, para la formación del individualismo. La declaración arrogante con la que el médico, astrólogo y prolífico escritor Torres Villarroel encabeza en 1743 la historia de su vida, tan sorprendentemente moderna en su orgullosa confianza en las propias posibilidades como carente de introspección o de mirada sobre el interior, sugiere, como lo hacen otros de los ejemplos evocados en estos trabajos (desde las autobiografías de artesanos a los escritos místicos) que esos caminos fueron más diversos y complejos.

1. Nuestro concepto de sujeto moderno incorpora, en esencia, la noción del yo como entidad autónoma, doblemente caracterizada por la práctica de la autorreflexión y la consciencia de la propia individualidad y singularidad (*self-awareness*) y por la capacidad de modelar la propia vida mediante la iniciativa individual (*self-fashioning*). La construcción del yo así entendido se ha contemplado como uno de los rasgos sustanciales de la modernidad, presentándose como resultado de una “liberación” progresiva del individuo del peso de los vínculos, solidaridades y obligaciones de carácter familiar, corporativo o comunitario, propios del Antiguo Régimen. Tal proceso se viene considerando jalonado por algunos hitos fundamentales: el énfasis renacentista en los valores individuales (manifiesto en el auge del retrato artístico o la literatura autobiográfica), la obsesión protestante y en particular calvinista por la autoexploración espiritual, el racionalismo cartesiano (que tomó la conciencia como fuente de conocimiento seguro), el individualismo político liberal a partir del siglo xvii o la “cultura del sentimiento” ilustrada y romántica.<sup>3</sup> Un relato modelado por visiones tan influyentes como las de Jacob Burckhardt sobre la cultura del Renacimiento o Max Weber sobre el espíritu protestante, cuya sombra ha planeado largamente y sigue proyectándose sobre muchos de los estudios actuales, que adoptan como hilo conductor de la modernidad la quiebra progresiva de las coerciones e injerencias externas por parte de un sujeto autónomo, consciente y orgulloso de una individualidad que emana de su

<sup>3</sup> Roy Porter, ed., *Rewriting the Self. Histories from the Renaissance to the Present*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1997.



vida interior, de sus impulsos más íntimos de libertad.<sup>4</sup> Frente a esas tesis, se han planteado objeciones que coinciden en suavizar la dicotomía entre lo social y lo individual, desde la idea de que la identidad personal es siempre el resultado de una negociación entre el individuo y la sociedad. Por una parte, se ha subrayado que la construcción del sujeto moderno no constituye el desvelamiento de un yo esencial, definido en rebeldía contra los valores colectivos, sino un proceso social de configuración de la subjetividad. Por otra, asumiendo que, como señala James Casey, en ninguna sociedad es posible trazar una línea rígida de separación entre identidad individual y características adscritas, se ha aducido que el peso del linaje, el nacimiento, la función o condición no impiden de manera absoluta formas de autoconciencia individual en las sociedades tradicionales.

Así, no sólo se ha puesto de relieve la importancia que entre las élites del Renacimiento, sensibles al énfasis humanista en el papel del individuo, tuvieron los lazos colectivos del linaje y la comunidad, expresados y fortalecidos en rituales cívicos o dinásticos, sino que también se ha sostenido que entre las clases populares del Antiguo Régimen pudo existir una conciencia de individualidad que se construía y se afirmaba, por lo común, a través de, más que contra a la densa red de pertenencias, solidaridades y obligaciones. Natalie Davis, interrogándose sobre la pertinencia del concepto de individuo en la Francia del siglo xvi, considera que el enraizamiento, la inserción en una trama de vínculos sociales (la familia, la vecindad, la comunidad religiosa), no habría impedido el autoanálisis y el descubrimiento personal, sino que en muchos casos los habría favorecido. Aunque reconoce la importancia que tenían los atributos externos (los roles sociales, las posiciones ocupadas en el conjunto de las relaciones), niega que el sentido de la identidad deba considerarse en esa época como puramente exterior, social, para defender la existencia de una definición interior del yo, basada en la memoria íntima, que se concibe como una posesión personal y es reconocida como prueba de identidad.<sup>5</sup> Ése es también uno de los ejes del debate sostenido en 1988 en las páginas de la *American Historical Review* a propósito de *El regreso de Martin Guerre*: la verosimilitud (cuestionada por Robert Finlay y defendida por Davis) de una figura femenina y popular como la de la campesina Bertrande de Rols, cuya capacidad de iniciativa para construirse una identidad y una vida distintas a las habituales, afrontando riesgos y tomando decisiones inusitadas en su tiempo y su medio,

<sup>4</sup> Daniel Roche, "Les libérés des individus", en *La France des Lumières*, París, Fayard, 1993.

<sup>5</sup> Natalie Davis, "Boundaries and the Sense of Self in Sixteenth-Century France", en *Reconstructing Individualism. Autonomy, Individuality and the Self in Western Thought*, Stanford, 1986, pp. 52-63.



no serían incompatibles con los valores morales, sociales y económicos compartidos con la comunidad de pertenencia (como la importancia de la tierra, la voluntad de mantener el estatus conferido por el matrimonio o la necesidad de preservar la reputación y la honorabilidad).<sup>6</sup> El trabajo de James Amelang sobre la autobiografía popular en la época moderna insiste en esa doble dimensión por la que los sujetos toman la palabra al mismo tiempo en nombre propio y dando voz a una conciencia colectiva de carácter cívico que reclama y legitima la intervención en lo social.<sup>7</sup>

Las implicaciones teóricas de estos trabajos sugieren que nuestra comprensión de las formas en que los sujetos representaban su propia identidad y su inserción en el mundo social del Antiguo Régimen se benefician de una ampliación de perspectivas en la que la búsqueda retrospectiva de formas modernas del yo (definidas como narrativas solipsistas en las que el sujeto reflexiona sobre su subjetividad) se transforme en una exploración de las expresiones de la identidad en los términos propios de cada época. Situar en el centro del análisis la noción de experiencia permite, en efecto, cuestionar la extendida idea que considera la conciencia de individualidad por definición elitista e incompatible con los fuertes vínculos colectivos propios de las sociedades tradicionales. En este sentido, la historia de las mujeres, en trabajos como los ya citados de Natalie Davis o los de las historiadoras italianas (Giulia Calvi, Sara Cabibbo, Marilena Modica...), con su énfasis en las estrategias de vida, ha realizado aportaciones fundamentales al clarificar que las formas de expresión y afirmación de la individualidad son distintas en función del lugar que los sujetos históricos ocupan en las relaciones y las jerarquías sociales y, muy significativamente, ofrecen posibilidades desiguales en razón del sexo. Por ejemplo, en su introducción a *La mujer del barroco*, obra que ilumina, a través del estudio biográfico de un conjunto de mujeres, algunos de los principales problemas de la cultura y la sociedad del seiscientos (la crisis social, el esfuerzo disciplinario y moralizante, el tema de la simulación y el fingimiento, la tensión entre el yo auténtico y la máscara), Giulia Calvi se interroga sobre el hecho de que en mucha de la escritura femenina del siglo xvii (en particular, pero no exclusivamente, autobiográfica) la expresión de la propia identidad esté inextricablemente ligada a la del grupo de pertenencia. Ello revela la importancia particular que tiene, en el caso de las mujeres, lo que Calvi llama la “percepción del yo en relación osmótica con el exterior”: “El yo y la

<sup>6</sup> Robert Finlay, “The Refashioning of Martin Guerre”, *American Historical Review*, vol. 93/3 (1988), pp. 553-571; la respuesta de Natalie Davis, “On the Lame”, pp. 572-603.

<sup>7</sup> James Amelang, *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, 1998, especialmente el capítulo 8: “Public duties”.



subjetividad son... elementos relacionales que se definen en el interior de una serie de pertenencias reales y simbólicas: la familia, el estamento, la comunidad religiosa y geográfica, los antepasados y los modelos míticos”.<sup>8</sup> Al subrayar que las diferencias en los discursos que definían a hombres y mujeres, sus relaciones con la espiritualidad, la escritura, la autoridad (doméstica, eclesiástica, divina...) o su inserción en las redes sociales (familiares, de amistad o clientela, vecinales, de oficio...) condicionan formas distintas de subjetividad, estos estudios vienen a apoyar la noción de un sujeto socialmente situado, como lo hacen también, desde otros ángulos, los trabajos reunidos en este volumen.

2. Otro eje significativo del debate sobre las nociones de sujeto consciente, como hemos indicado, al peso que las diferencias confesionales habrían tenido en su configuración. La mirada comparativa presente o implícita en muchos de los estudios actuales revela un esfuerzo por superar la contraposición esquemática entre lo que Amelang, con sabia ironía, llama las “profundidades” del Norte y las “oquedades” del Sur, es decir, entre una cultura protestante obsesionada por la autoexploración, que habría desarrollado una aguda consciencia del yo, y una cultura católica de tinte fuertemente ritual y comunitario, carente de sentido de la singularidad individual. Los estudios sobre las formas de religiosidad y devoción en las distintas comunidades confesionales de la Europa moderna han suavizado el contraste entre un mundo protestante en el que imperaría la relación estrictamente personal entre el creyente y la divinidad, a través de una espiritualidad interior y volcada en la lectura individual de las Escrituras, y un universo católico y contrarreformista en el que la devoción tendría una dimensión fundamentalmente exterior y social, subrayando otros fenómenos de signo inverso, como la pervivencia de la confesión auricular en el ámbito católico (frente a su supresión en el protestante) o el fortalecimiento del sentido de comunidad en la religiosidad reformada.<sup>9</sup>

En un sentido similar, las contribuciones aquí reunidas tienden a desmentir la tesis de una radical divergencia cortada sobre patrones confesionales. Así, Colin Davis cuestiona la extendida idea que sitúa los orígenes del individualismo moderno en la literatura autobiográfica protestante, precisando que en los siglos xvi y xvii la conciencia se construye todavía por referencia a una instancia exterior a la que el sujeto se entrega, representándose a sí mismo como un peón en manos de la divina Providencia más

<sup>8</sup> Giulia Calvi, ed., *La mujer del barroco*, Madrid, Alianza, 1995; “Introducción”, p. 20.

<sup>9</sup> Roger Chartier, dir., *Historia de la vida privada. 3. Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurus, 1989.



que como agente activo y orgulloso de su propio destino. Esa forma de representación del yo tiene su equivalente aproximado en el mundo católico, tal como indica James Casey, en la literatura mística, protagonizada por la manifestación de lo inefable, ante la cual el sujeto, anonadado, adopta gestos de infinita humildad y sumisión. Literatura que, sin embargo, no deja de contener, en su exploración de la vida interior, una cierta modernidad que Casey ilustra con los ejemplos de Teresa de Jesús y Montaigne, separados por sus actitudes religiosas e intelectuales pero unidos por la búsqueda de la intimidad y el sentido de la duda. Los estudios de James Amelang, Isabelle Poutrin, Sonia Herpoel o Fernando Durán han mostrado, en efecto, la importancia que en el mundo hispánico tuvo la autobiografía espiritual, con frecuencia escrita por mujeres por orden de su confesor (“escritura por mandato”), y han desvelado las complejidades de un género literario cuyas convenciones ponen el acento en la obediencia a los designios ajenos (los del director espiritual o la divina Providencia), pero cuya producción y difusión traslucen ambiciones personales y sociales (tanto de las monjas y de sus confesores como de órdenes religiosas, familias y ciudades o de la propia monarquía).<sup>10</sup> Definida por Michel de Certeau como “una reacción contra la apropiación de la verdad por parte de los clérigos”, la mística atrajo con mayor frecuencia a las mujeres, en la medida en que les permitía no sólo experimentar la comunicación sin mediaciones con lo divino, sino también ejercer formas de autoridad carismática e influencia religiosa, social y aun política.<sup>11</sup> Incluso en este terreno de experiencia por definición solitaria, el de la aridez de la duda y el éxtasis ante lo inefable, la “oscuridad del alma” y la búsqueda espiritual son inseparables de su comunicación y de su inserción en el mundo social.

La autobiografía espiritual resulta ser, a la luz de estas y otras aportaciones, una tradición común a distintas vertientes tanto del catolicismo como del protestantismo, en la que se expresan, en formas diversas, las relaciones entre la divinidad, la conciencia íntima y el mundo social. La extendida idea de que la autobiografía fue patrimonio de la cultura protestante queda, en efecto, cuestionada, tal como argumenta de manera convincente

<sup>10</sup> James Amelang, “Los usos de la autobiografía: monjas y beatas en la Cataluña moderna”, en J. Amelang y M. Nash, eds., *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 191-212. Isabelle Poutrin, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l’Espagne moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1995; Sonia Herpoel, *A la zaga de Santa Teresa: autobiografías por mandato*, Amsterdam, Rodopi, 1999. Fernando Durán López, ed., *Tres autobiografías religiosas españolas del siglo XVIII. Sor Gertrudis Pérez Muñoz. Fray Diego José de Cádiz. José Higuera*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003.

<sup>11</sup> Michel de Certeau, *La fable mystique: xv<sup>e</sup>-xvii<sup>e</sup> siècles*, París, Gallimard, 1987.



James Amelang para el caso español, por una doble evidencia: de un lado, el intenso arraigo de la escritura autobiográfica religiosa (fundamentalmente femenina y castellana) y, de otro, el amplio desarrollo de la autobiografía popular en los territorios de la Corona de Aragón, en particular en las ciudades catalanas y valencianas.<sup>12</sup> Con ello se desvanece la noción de que la cultura hispánica (y, hasta cierto punto, toda cultura católica) habría desconocido prácticamente la escritura y la reflexión autobiográfica, fuera del ámbito de la literatura religiosa, con algunas notables excepciones como la autobiografía en clave picaresca del infravalorado Torres Villarroel.<sup>13</sup> En lugar de reproducir una dicotomía rígida y escasamente útil entre el mundo católico y el protestante, cabría, pues, explorar las implicaciones que las distintas corrientes de espiritualidad y culturas políticas tuvieron en unos y otros territorios.

Ése es también, en buena medida, el sentido de la propuesta de James Casey, que aborda el proceso de construcción del individualismo moderno advirtiendo de su carácter complejo, no rectilíneo ni uniforme. Si a partir de la Baja Edad Media algunos indicios apuntan a una nueva conciencia de la privacidad y del ser humano singular, fortalecida en el xvi por la evolución económica y religiosa, la centuria siguiente está dominada por lo que Casey llama la “paradoja del barroco”, la tensión entre dos impulsos opuestos. De un lado, el interés por la búsqueda del yo, la incertidumbre, el desgarramiento entre el ser y la máscara; de otro, la reacción en el sentido opuesto de obsesión por el orden y fortalecimiento de las jerarquías y disciplinas sociales. En la encrucijada de finales del siglo xvi (en el contexto de la Contrarreforma y las guerras de religión) se abren, sostiene Casey, dos caminos divergentes que marcarán las sociedades del barroco: uno, mayoritario, de afirmación de la autoridad (nobiliaria, eclesiástica y monárquica) como solución a la duda; otro, minoritario (que parece limitado en última instancia a la Inglaterra de las revoluciones), de exaltación de la libertad individual, en el origen del liberalismo moderno. En este recorrido, Casey evita plantear un contraste absoluto entre territorios protestantes y católicos, que haga del individualismo (como antaño del capitalismo) un rasgo propio y exclusivo de la cultura reformada, apuntando al carácter común de muchas tradiciones culturales, retos y respuestas: sería — sugiere de forma

<sup>12</sup> James Amelang, “Comparing Autobiographical Writing in Early Modern Spain and England: What Is to Be Done?”, *VII Seminario Hispano-británico de Estudios Históricos*, Norwich, octubre de 2001. Ver artículo incluido en este volumen.

<sup>13</sup> Fernando Durán López, *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos xviii y xix)*, Madrid, Ollero & Ramos, 1997. M. Bolufer, “Lo íntimo, lo doméstico y lo público: representaciones sociales y estilos de vida en la España ilustrada”, *Studia Historica. Historia Moderna*, n.º 19 (1998), pp. 85-116.



tentativa— la distinta evolución de las formas de poder lo que explicaría las diferencias culturales en la concepción del yo.

3. El momento de la divergencia entre sociedades apegadas a la autoridad y otras más propicias a abrir resquicios a la libertad individual se desplaza así del siglo xvi a finales del xvii, y sus causas se deslizan, de ese modo, de lo religioso (católicos *versus* protestantes) a lo sociopolítico (sociedad estamental y monarquías absolutas *versus* regímenes liberales). De ese modo, la noción de un yo autónomo reafirma sus raíces en la tradición renacentista, diluyendo sus diferencias confesionales, y se vincula estrechamente al liberalismo político, que asentó la teoría de los derechos individuales y contribuyó a erosionar los vínculos corporativos y de parentesco. Ciertamente es que, desde el ámbito de la historia intelectual, algunos autores han señalado que una aguda conciencia de la individualidad emergió también en el ámbito católico y absolutista, a veces en reacción lúcida y desencantada frente a las decepciones de la vida cortesana. Confrontados a las guerras de religión, a la construcción de las monarquías absolutistas y a los nuevos saberes que dificultaban una visión holística del mundo social, algunos intelectuales europeos, herederos de la preocupación humanista por el análisis de la naturaleza humana y la subjetividad, se refugiaron, según Vittor Ivo Comparato, en una actitud individualista de apartamiento de la vida política en favor del ejercicio del libre juicio y el descubrimiento de la riqueza de la subjetividad, tradición que, arrancando de Montaigne, conduciría al neostoicismo de Justo Lipsio y el escepticismo de Charron o de los libertinos eruditos (Naudé, La Mothe Le Vayer, Diodati o Gassendi), para desembocar en las tendencias más escépticas de la Ilustración francesa.<sup>14</sup> Se trata de un individualismo singular, marcada y deliberadamente elitista, cuya huella puede captarse en la tradición de la moral aristocrática del *Grand Siècle*, lugar de una rica reflexión que trata de conciliar las libertades y placeres del individuo y sus círculos íntimos y escogidos de relación con las necesarias obligaciones de la vida social.<sup>15</sup>

Sin embargo, frente a esa tradición exquisita y minoritaria, acompañada a una sociedad de Antiguo Régimen que en el siglo xviii se aproximaba a su ocaso, la construcción del individualismo moderno siguió a partir del

<sup>14</sup> Vittor Ivo Comparato, "A Case of Modern Individualism: Politics and the Uneasiness of Intellectuals in the Baroque Age", en Janet Coleman, ed., *The Individual in Political Thought and Practice*, Oxford, 1996, pp. 149-170.

<sup>15</sup> Paul Bénichou, *Morales du Grand Siècle*, París, Gallimard, 1967; Robert Mauzi, *L'idée de bonheur dans la littérature et la pensée française au xviii<sup>e</sup> siècle*, París, Colin, 1979. Para una época anterior, Isabel Morant, *Discursos de la vida buena. Matrimonio, mujer y sexualidad en la literatura humanista*, Madrid, Cátedra, 2002.



siglo xvii otro camino que tendría mayor continuidad. Llegamos así a un terreno historiográfico abonado, el que vincula la consolidación ideológica y la acción política del liberalismo con la progresiva destrucción de las trabas colectivas y de las formas autoritarias que obstaculizaban la libertad del individuo, ejemplificándola en el sistema constitucional y parlamentario inglés nacido de la revolución Gloriosa de 1689. Esas tesis han gozado de gran fortuna en el ámbito de la historia de la familia, en el que los trabajos de Lawrence Stone (y, con planteamientos algo distintos, los de Alan Macfarlane) han trazado los orígenes de la moderna familia "sentimental", caracterizándola por su voluntad de privacidad y sentido de la autonomía individual y por sus fuertes vínculos afectivos, y la han contrapuesto a la familia tradicional, inmersa en la solidaridades más amplias de la comunidad y la parentela y presidida por relaciones autoritarias, jerárquicas y frías entre cónyuges y entre padres e hijos.<sup>16</sup> El desarrollo del moderno individualismo iría así parejo con la instauración de nuevas formas de relación más igualitarias y sentimientos familiares más cálidos, en un proceso en el que confluyeron diversos factores económicos, políticos y religiosos, y en el que ejercería un importante papel la implantación del sistema liberal, que desde finales del siglo xvii, se argumenta, contribuyó a suavizar en algunos aspectos la autoridad paterna en nombre de los derechos del individuo.

Sin embargo, los análisis que vinculan de forma directa las aportaciones teóricas y realizaciones prácticas del liberalismo con el ensanchamiento de la esfera de las libertades individuales tienden a asumir implícitamente una idea neutra de individuo que, a la luz de las aportaciones historiográficas de las últimas décadas, ya no es posible sostener. En efecto, el sujeto liberal, titular de derechos civiles y políticos, no sólo se identifica con el individuo propietario (según el conocido análisis de Macpherson sobre el "individualismo posesivo"), sino que, de forma previa e implícita, se conceptualiza como un sujeto masculino; así, el pacto social que fundamenta la organización y las jerarquías sociales incorpora en su seno un "contrato sexual" tácito que justifica y naturaliza la diferencia y la desigualdad entre hombres y mujeres, tal como han clarificado, desde la teoría política, los trabajos de Carole Pateman o Anna Jónasdóttir<sup>17</sup>. Integrandó esta perspec-

<sup>16</sup> Lawrence Stone, *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra, 1500-1800*, México, FCE, 1989 (1.ª edición inglesa 1977); Alan Macfarlane, *Marriage and Love in England: Modes of Reproduction, 1300-1840*, Londres, Basil Blackwell, 1986; sustituye el énfasis en la ruptura liberal por un análisis continuista de la sociedad inglesa, caracterizada a su juicio por rasgos de individualismo desde la Edad Media.

<sup>17</sup> Carole Pateman, *El contrato sexual*, Madrid, Anthropos, 1995; Anna Jónasdóttir, "Ella para él, él para el Estado. La significación del sexo y el matrimonio en las teorías políticas de Hobbes y Locke", en *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?*, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 165-207.



tiva teórica, es posible comprender de otro modo los textos fundacionales del liberalismo político, en particular los escritos políticos de Locke, y la actividad legislativa de los gobiernos liberales, que preservó e incluso fortaleció en muchos casos la autoridad del cabeza de familia, en particular del marido sobre su esposa.<sup>18</sup> Es posible, asimismo, entender la formación del nuevo sujeto sensible y los nuevos modelos de domesticidad que arraigaron entre las clases educadas europeas de los siglos XVIII y XIX, más que como una “liberación” del individuo, en nombre del sentimiento, de las coacciones externas, como un proceso de educación sentimental que modeló los corazones y las conciencias de hombres y mujeres, redefiniendo unas identidades y unas formas de relación que no dejaron de ser jerárquicas y desiguales.

En síntesis, la principal conclusión que quizá quepa extraer de los esfuerzos por perseguir la sombra escurridiza del sujeto moderno, o por rastrear las formas de la individualidad en las sociedades tradicionales, es la necesidad de abandonar —tal vez definitivamente— la tesis de la singularidad protestante, en particular calvinista, en la emergencia de la moderna noción de “sujeto individual”, o en todo caso de corregirla y matizarla ante la evidencia de que formas de espiritualidad y prácticas de escritura similares (como la autobiografía religiosa) pudieron operar en sentidos a veces análogos a uno y otro lado de la frontera confesional. Ello refuerza la urgencia de analizar otros factores, como los de índole política, y de explorar las amplias divergencias internas tanto en el mundo católico como en el protestante. Más allá de esta aportación, los trabajos reunidos en este volumen invitan a pensar en las formas de la autoconciencia en los siglos XVI y XVII evitando al mismo tiempo la anacrónica proyección de un sujeto contemporáneo y la dualidad excluyente entre lo colectivo y lo personal, y sugieren integrar en el relato de la emergencia del individualismo moderno las paradojas del liberalismo, conectando así con los estudios que, desde la historia cultural, la historia de las mujeres y la teoría política, nos recuerdan que la construcción del individuo es, ante todo, un hecho inevitablemente social.

<sup>18</sup> James Casey, *Historia de la familia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990 (1.ª edición inglesa: 1989). Isabel Morant y Mónica Bolufer, *Amor, matrimonio y familia. La construcción histórica de la familia moderna*, Madrid, Síntesis, 1998, especialmente pp. 241-280.



EL OTRO, EL MISMO  
BIOGRAFÍA Y AUTOBIOGRAFÍA EN EUROPA  
(SIGLOS XVII-XX)

J. C. Davis e Isabel Burdiel (eds.)

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

2005



## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN .....  | 11  |
| DECADENCIA FINAL DE UNA NECESIDAD CULTURAL: LA BIOGRAFÍA Y SU CREDIBILIDAD INTELECTUAL, <i>J.C. Davis</i> .....                           | 31  |
| BIOGRAFÍA Y AUTOBIOGRAFÍA: CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS ENTRE AMBOS GÉNEROS, <i>Anna Caballé</i> .....                                    | 49  |
| COMPARANDO LA ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA EN ESPAÑA E INGLATERRA DURANTE LA EDAD MODERNA. ¿QUÉ SE DEBE HACER?, <i>James S. Amelang</i> ..... | 63  |
| MENOCCHIO Y YO. CARLO GINZBURG Y EL RELATO DE LA IDENTIDAD, <i>Justo Serna - Anacleto Pons</i> .....                                      | 73  |
| LA REFORMA INGLESA A JUICIO: PERCEPCIONES BIOGRÁFICAS DEL ARZOBISPO THOMAS CRANMER, <i>Diarmaid MacCulloch</i> . .....                    | 89  |
| QUEBRAR EL ESPEJO: EL 'YO' Y LA CONTRA REFORMA, <i>James Casey</i> .....  | 115 |
| IDENTIDAD INDIVIDUAL Y VÍNCULOS SOCIALES EN EL ANTI-GUO RÉGIMEN: ALGUNAS REFLEXIONES, <i>Mónica Bolufer Peruga</i> .....                  | 131 |
| BIOGRAFÍA, BIOGRAFÍA DE REYES: ISABEL II COMO PROBLEMA, <i>Isabel Burdiel</i> .....   | 141 |
| LA BIOGRAFÍA Y EL ESTUDIO DE LA IDENTIDAD, <i>Edward Acton</i> . .....  | 177 |
| LA PRINCESA LIEVEN: VIDA Y AMORES DE UNA FEMME GALANTE, <i>John Charmley</i> .....  | 199 |
| RAFAEL GARCÍA ORMAECHEA, EL PROBLEMA SOCIAL Y LA REFORMA JURÍDICA EN LA ESPAÑA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX, <i>Pedro Ruiz Torres</i> ..... | 219 |



VIDAS LITERARIAS Y CUESTIONES NACIONALES: EL CASO DE YEATS Y EL RELATO SOBRE IRLANDA, *Roy Foster* ..... 283

MADRID-CATALUÑA, 1890-1919: DEL DESENCUENTRO AL ACOMODO. (LA CORRESPONDENCIA A. MAURA-F. CAMBÓ), *Teresa Carnero Arbat* ..... 299

BIOGRAFÍA VERSUS MEMORIAS: EL CASO DE FRANCESC CAMBÓ, *Borja de Riquer i Permanyer* ..... 329

ECHAR AL OLVIDO: MEMORIA Y AMNISTÍA EN LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA, *Santos Juliá* ..... 347